



Número 178

Madrid, 2 mayo 1908

Precio: 20 céntimos



—No seas panoli, y ámate; vámonos á Zaragoza, que puedes ganar algunas plumas en la Exposición, y tú ya sabes lo bien que yo te administro.



# PARA LAS DAMAS

## LA BANCARROTA DE LA BELLEZA FEMENINA

En *Le Figaro* ha publicado Marcel Prevost un artículo en el que declara que nunca había habido tanta indiferencia como ahora respecto á la belleza de la mujer. Ese artículo ha producido grandes discusiones y críticas en los diarios europeos.

Dice poco más ó menos, que si alguien, dentro de un siglo ó dos, echara una ojeada á los diarios de esta época, podría probar que la belleza femenina fué un tópico de principal interés.

A despecho de lo que dicen las revistas ilustradas, ninguna nación ni ciudad se cuida particularmente de la belleza femenina, y aunque parezca raro, Francia, y su capital París encabezan esa lista.

En Londres existen todavía, sin duda alguna, bellezas profesionales, cuyos rostros se exhiben en las casas de fotografía.

En Norte América, la manía de batir todos los records, lleva á los yanquis á reclamar para sí el ser los primeros en el mundo, en lo que respecta á la belleza de las mujeres.

París, por el contrario, indica en el día algunas mascaradas municipales á la admiración de la belleza femenina, representada por alguna pescadora ó lavandera bonita, pero que está lejos de evocar las celebradas bellezas de la Elena griega, de Mme. Recamier, Lady Hamilton, ó de Mme. Castiglione.

En varios de los mundos parisienses, aun los más brillantes y ricos, reina la misma diferencia. Pocos son los elegantes de París que se atreverían á nombrar á la más hermosa de las mujeres de esa ciudad; pero discutirían acaloradamente respecto á cuál es más elegante.

Este hecho es significativo. En París, y gradualmente en otros centros que imitan á París, la adoración de la elegancia ha sustituido á la de la belleza.

Una mujer bella, pero no elegante, está descalificada. Una mujer elegante, sin ser bella, se justiprecia de acuerdo con su elegancia.

Digase á una señora parisién: «Mme.: nadie es tan bella como usted, pero usted nunca sabrá arreglarse el cabello á vestir-se», y ella os arrojará inmediatamente de su presencia y nunca os perdonará.

Hoy día, en París, puede asegurarse que no existen ya mujeres feas ó viejas, con tal de que ellas tengan tiempo y dinero. Pero tampoco existen «bellezas» propiamente dichas.

Es inútil rebelarse contra lo inevitable. Resignémonos á presenciar la bancarrota de la belleza femenina.

Muchas cosas han pasado; el tipo ideal de las mujeres de antaño, famosas por sus formas y sus facciones, se ha esfumado gradualmente. Los mismos pintores no buscan modelos bellos, sino que los quieren interesantes. Es una revolución hecha para la alegría de las masas, como todas las revoluciones. Es imposible adquirir belleza; mientras que con cierto aire y con un poco de ingenio, la mayoría de las mujeres pueden parecer bellas. De igual manera, la elegancia puede ser obtenida gracias á la voluntad ó á la constancia; requiérese como única condición el tener dinero, y el dinero puede ser adquirido.

La belleza femenina tiende á descalificarse gracias á la coalición de las mujeres modernas y á la indiferencia de los hombres. La belleza natural no tiene valor cuando se compara con las conquistas de inteligencia y elegancia que hace la voluntad femenina.

## EL «SPOR» Y LA MANO DE LA MUJER

Al decir de los guanteros ingleses, desde que la mujer ha empezado á practicar el deporte lo mismo que el hombre, su mano ha engrosado de manera bastante visible para ellos, que ya apenas venden guantes de medidas antes muy generalizadas.

Este aumento de tamaño, lejos de ser la pérdida de un atractivo femenino, constituye un encanto más para la mujer, pues ningún espíritu bien equilibrado puede preferir la frágil mano de una muñeca, incapaz de sostener una taza de té, á la fuerte, sana y llena de vida de una muchacha que sabe conducir un caballo ó manejar diestramente un remo.

## CULTIVO DE SALÓN

Hay un procedimiento muy sencillo para obtener en poco tiempo un historiado ramillete de aspecto muy agradable.

Tómese una esponja de regulares dimensiones y empápesela por completo en agua caliente; después se la oprime un poco y se introduce en sus poros semillas de varias plantas de fácil germinación.

Después se coloca la esponja en florero, copa ó otra vasija análoga, procurando que los rayos del sol puedan ser aprovechados.

También se cuidará de regar todos los días la superficie de la esponja. Bajo la influencia del calor y de la humedad germinan pronto las semillas y aparecen las hojas, dando á la esponja el aspecto de una bola muy heterogénea.

OFICINAS: Calle de Santa María, 11.

TALLERES: Mendizábal, número 8

Dirección postal: Apartado de Correos

— número 359 —

20 céntimos número.

Precio de suscripción en España (tri-

mestre, 13 números), 2,50 pesetas.

Año (52 números), 10 pesetas. Extran-

— [año, 15 francos año — — —

## CUENTO DEL SÁBADO

## ESCENAS MADRILEÑAS

**A** fin de que nuestros cuentos sean una verdadera enciclopedia, vamos a describir algunas escenas de la vida madrileña, que, por muy inverosímiles que parezcan, juramos bajo nuestra buena fe, y con la mano puesta en el corazón y la sonrisa en los labios, que son verdaderas.

Un caballero va a suicidarse al Retiro, y penetra en la espesura por una avenida solitaria.

—¡No! ¡Mil veces no!—exclama.—¡Yo no sufriré semejante abandono! ¡Oh, Teresa! ¡Que mi inocente sangre caiga sobre ti! ¡Cuando pienso que me ha bordado un chaleco, marcado tantos pañuelos y regalado su retrato-tarjeta con un mechón de sus cabellos! ¡Oh! Está visto que no se puede creer en las mujeres. ¡Olvídemosla! Yo soy escéptico, estoy gastado, *desilusionado*; el mundo es muy malo. ¡Todo me repugna y me incomoda! Únicamente el amor de Teresa me podía ligar a esta abominable existencia... este amor me falta... ¡concluyamos!

El caballero redobla el paso, y penetra en un jardín. Cuando cree que nadie le ve, saca de su bolsillo una pistola.

—¡Aquí está! Con esto, dentro de cinco minutos todo estará hecho. Yo quisiera, antes de exhalar el último suspiro, conocer el nombre del que ha inventado la pólvora, a fin de poder agradecerle el servicio que presta a los desesperados. ¡Es tan cómodo morir de un golpe! ¡paf!... Sin embargo, si Teresa hubiera querido, podíamos pasar una vida tan dichosa... En vez de estar yo aquí con las siniestras intenciones que voy a realizar, estaríamos a dúo admirando la verdura... ¡y en verdad que el campo está tan verde y tan magnífico! He aquí un árbol que debe haber conocido a Enrique el Doliente. En primavera, sobre todo, la naturaleza tiene tal aspecto... ¡Bah, no importa! Si el astro del día me hace cucamonas para tentarme, no lo conseguirá... Sin Teresa, no debo vivir... ¡Eh! Creo que viene alguien.

Esconde con presteza la pistola, y se halla en presencia del guarda, que con tono de autoridad le dice:

—¿Qué hace usted aquí?

—Yo...

—Un duro de multa por entrar en los jardines.

—Tomé usted.

El caballero dió el duro, y el guarda se alejó.

—¡Qué me importa!—continúa.—¡Ya no necesito dinero! ¡Qué felicidad! En mi vida he podido hacer otro tanto...

El caballero penetra por entre el ramaje en otro jardín.

—¡Aquí voy a morir! ¡Dónde está mi pistola!

La saca del bolsillo.

—Ahora, démonos prisa a cargarla.. Las reflexiones no sirven de nada en semejante caso. No porque yo sea capaz de volverme atrás... ¡quí!... ya lo he dicho... Sin Teresa...

Carga el arma.

—Sin Teresa... ¡Esta pólvora es muy gorda!... Sin Teresa nada me divierte. Oigo ruido... Dos paseantes que van fumando... Y fuman cigarros habanos... ¡Qué delicioso aroma! Sin Teresa... ¡Cuándo yo vivía, me gustaba tanto un buen puro! Yo debía haberme regalado una tagarnina antes de mi proyecto final... Pero, es demasiado tarde para mirar atrás. ¿Quién viene todavía? Sin Teresa...

Otro guarda se presenta a la víctima de Teresa.

—¿Qué hace usted aquí?

—Yo...

—Está prohibido penetrar en este sitio... Un duro de multa.

—¡Canario!

El caballero se apresuró a dar otro duro, y añadió:

—Daré todos los que quieran... Ahora mudemos de sitio. Hay gentes tan amigas de mezclarse en las cosas de los demás, que un tercer guarda sería muy capaz de venir a incomodarme. Y sin Teresa...

El caballero camina algún tiempo.

Cuando creyó haber adquirido la certeza de que se hallaba solo, penetró en el jardín de la izquierda.

—¡Ya está cargada!... Este jardín está muy bien dispuesto... Desde aquí percibo un extremo del estanque... ¡Si Teresa no me hubiera sido infiel, hubiéramos venido juntos a dar el pan del sentimiento a los volátiles que pueblan este manso lago! Pero ella ha decidido otra cosa... ¡Ella..., sexo débil y peligroso!... ¡Acaso el amor existe en este mundo? ¡Y yo que no puedo vivir sin amar!... Dejemos pronto de conjugar este verbo engañoso... Nada, sin Teresa...

Monta la pistola.

En este momento, el ruido de una conversación vino a herir su oído. El caballero se bajó para observar, y distinguió, sentados en un banco, a un artillero y una frogatriz, que debía ser la Virginia de aquel Pablo.

—¡Con que es cierto, Anita—decía el artillero,—que me quieres de mistó! Y yo creía que me la pegabas, arrastráa.

—¡Pepe, esa duda me mata!... ¿Qué más puedo hacer



—Enhorabuena por tu ascenso, chico.

—No me alegra, la verdad, porque tengo tres bodas comprometidas, y no sé cómo resolver el conflicto.

—Ingresa en el ejército turco.

yo? Mis amos creen que estoy en este momento con el niño en el Prado... He dejado el monigote en casa de una paisana mía, y corro por verte.

—Anita, tú inflamas mi corazón.

—¿Me amas, Pepe?

—Tanto, que me expongo a estar ocho días encerrado sólo por palpar media hora a tu lado.

—¡Mono mío!

—¡Gachona mía!

Aquí el caballero percibió claramente el ruido de un beso.

—¡Ah, todavía hay gente que ama! Esta naturaleza de la Alcarría, porque ella debe ser alcarreña, ha conservado el fuego sagrado. ¡Pero yo, sin Teresa!...

De repente se presenta un tercer guarda.

—¿Qué hace usted aquí? Está prohibido...

—El penetrar en los jardines... conozco la orden... tome usted un duro ..

—Está bien.

—Servidor.

El caballero entra en otro jardín a la derecha...

—¡Nada me falta ya! ¡Vamos!... ¡Es singular!... ¡No veo la muerte de la misma manera que cuando he venido! Por el contrario; la vida se me aparece con... ¡Vamos a ver! ¡Esto es muy serio! Además, es duro tener que renunciar a tan bella frondosidad, a cigarrros tan aromáticos, a una tierra donde se encuentran alcarreñas tan inflamables. ¿Qué nuevo ruido es éste? Otra pareja..., escuchemos.

—Ahora vamos a comer a los Viveros, y allí pasaremos la tarde, Alfredo mío.

—Como quieras, ángel de amor.

—¡Dios mío!—continuaba el del monólogo.—¡Una comida en la Fuente Castellana!... ¡Qué horrible agonía! Pero es el caso que tengo hambre. Vaya al diablo mi

ir a comer... ¡Este será su castigo!

Se dispone a salir del jardín. El cuarto guarda le detiene.

—¿Otro duro de multa?

—Sí, señor.

—¡Caramba, es muy caro!... Ahora que vivo, siento los cuatro duros que he dado. Cuando otra vez me quiera suicidar, no vendré al Retiro, porque sale muy cara la muerte.

Y se dirigió a los Viveros, diciendo:

—¡Sin Teresa..., voy a comer!

Un alcalde se comprometió a soltar tres peroraciones en un pueblo.

Aparecióse el primer día y preguntó:

—¿Entenderéis lo que os voy a decir?

—No—contestaron todos.

—Pues si no lo habéis de entender está demás que os predique.

El segundo día volvió y disparó la misma pregunta.

—Si—contestaron todos, escamados del día anterior y descosos de saber lo que podría decirles.

—Pues si lo habéis de entender—contestó el alcalde,—no hay necesidad de que os lo explique.

Llegó el día tercero, y el pueblo se puso de acuerdo para contestar indistintamente.

—¿Entenderéis lo que os voy a decir?—preguntó el orador para variar.

—¡Sí! ¡No!—contestaron dos coros.

—Pues el que lo entienda, que se lo explique al que no lo entienda—dijo el buen señor, y se marchó muy orondo.



—Cuando se estrenó mi drama, casi todas las señoras lloraban.

—Pues cuando se estrene el mío van a llorar hasta los hombres.

—¿De sentimiento?

—¡Cá, hombre! Del coraje que les dará el haberse gastado los cuartos para verlo.

Era Lola una niña de hermosura angelical, y de alma aún más bella, y todos la querían, pero ella de la orfandad lloraba la amargura.

Al suave halago del amor, un día latió violento el corazón de Lola, y juzgóse feliz, no estaba sola; con el recuerdo de su bien vivía.

Sin padres, sin hermanos, sin amigos, el perfume de todos los amores en uno concentró; de sus dolores no tuvo compañeros ni testigos.

Minó el amor su vida. Cual devora las flores el gusano con presteza, de la niña la cándida belleza devoró sin piedad tisis traidora.

Pero vivas sus caras ilusiones con juvenil vigor acariciaba.  
¡Cuando la espléndida ilusión acaba ¡ay! marchitos están los corazones!

¿Dónde verter la púdica fragancia que aquel virgíneo corazón tenía?  
La niña sin cesar se consumía sola, encerrada en su apacible estancia.

Cuando llegó la muerte, sobre el lecho sonriente irguióse Lola: «Ven, le dijo, dulce amiga; en ti los ojos fijo agradecida, con amor te estrecho.

No me agravias ni temo por mi daño; los dolores profundos he sentido de un firme amor jamás correspondido, pero ignoro lo que es el desengaño.

Lleva al sepulcro, da mi cuerpo inerte, los míseros despojos, y el perfume que arde en mi pecho y nunca se consume, transportalo hasta el cielo, dulce muerte»;

dijo la niña, y en su lecho blando exánime cayó. La luz del día llenó la triste alcoba de alegría y entró la fresca brisa suspirando.

Rafael Ceniseros.

*Sensibilidad de las tortugas.*—La tortuga es un animal más sensible de lo que vulgarmente se cree. Si una gota de agua cae en su caparazón, se marcha á su vivienda con la poca velocidad que sus patas le permiten. Un célebre naturalista dijo de este animal que «se guardaba tanto de la lluvia como una dama vestida con el mejor de sus trajes».

El instinto de este molusco le permite, no sólo conocer á las personas que le sustentan, sino distinguirlas, aunque estén rodeadas de otras desconocidas.

## El sabio estudioso

ó el asombro de un miope.



(1)



(2)



(3)

mapreza. ¿ve usted? Por eso com-  
pro siempre el pan moreno, porque  
si se le toca estando las manos sucias,  
no se conoce; mientras que el  
blanco, en seguida..., no ha visto usted  
nada más delicado.

El hijo de Gedeón está veraneando.

Encuétrase falto de dinero y se lo pide á su papá, quien, en su respuesta, luego de varias reflexiones... gedeónicas, le dice:

«Ahí te envío una letra de cincuenta pesetas. La otra de igual cantidad que la acompaña, es de tu madre, que te la envía sin que yo lo sepa».

En una sastrería:

El dueño, luego de probar un traje, al parroquiano:

—Le sienta á usted divinamente; pero ya le advierto que no puedo dejarlo por menos de veinticinco duros...

Y el parroquiano, desnudándose, replica:

—Pues, hombre, lo extraño, porque... ¡por mucho menos lo dejo yo!



Entre niños:

—Mira, Pepito, mamá dice que Adán y Eva fueron malos porque comieron la manzana; pero yo afirmo que debieron ser buenisimos.

—¿Por qué?

—Porque nunca se quejaron los vecinos inmediatos.

Estuvo con un vizconde de lacayo un mozalbeto, que vino de no sé dónde presumiendo de jinete.

Pero poco ha resistido en la casa de lacayo, por haberle despedido varias veces el caballo.

—De ti un recuerdo quisiera: regálame esa sortija que llevas puesta.—No, hija; pide otra cosa cualquiera, la sortija es de mi hermano.—O me das ésa, ó ninguna.—Pero si me pides una cosa que no está en mi mano.

Dos, aunque rotas están las chaquetas de sus trajes, siempre que á visitas van parecen dos personajes... ¿cómo se las compondrán?

—Oye, ¿cuándo te figuras que nos examinaremos?

—Pronto.—Pues nada sabemos de las tres asignaturas.

No podremos aprobarlas.

—Yo sé unas lecciones sueltas.

—Chico, no hay que darle vueltas.

—Al contrario; si hay que darlas.

Le dijeron á una hermosa:

—La Petra modelo es, y si en su espejo te ves, serás honrada y dichosa.

La chica aprendió el consejo, mas tan al pie de la letra, que ahora vive con la Petra para mirarse en su espejo.

Una dama al enviudar mucho ha sentido al marido, pero se ha vuelto á casar porque ha perdido el sentido.

Quiere una rica soltera casarse pronto á mí ver, y Gil, su novio, un tronera, no teniendo qué comer está por casarse ufano, y ella, de alegría loca, dice que, al pedir su mano Gil, vendrá á pedir de boca.

José María Solís.



—Pues sí: yo no bebo agua nunca.

—¿Por qué?

—Porque como tengo una constitución de hierro, temo que el agua me enmohezca.

—Niño, ¿cómo se llama tu padre?

—No hi tuvido padre, señora.

—¿Y tu madre?

—Voy á preguntárselo, que no m'alcuerdo.

Samuel Sarabia.

—¿Cómo! ¿Es ese viejo avaro el que ha arruinado á tantos accionistas? Su figura, sin embargo, respira una honradez acrisolada.

—En efecto; pero lo sensible es que tiene la respiración muy corta.

—Bertoldo, ¿vamos á echar un jarro vino?

—Sí; pero liemos de comprarlo entre los dos.

—Güeno; si te parece, yo lo pido y tú lo pagas, ó sino al revés, tú lo pagas y yo lo pido.

Julían Denia.

Un caballero de corta estatura entró á leer en una Biblioteca. Recibió el libro que había pedido, y dijo:

—¿Si me hiciera usted el favor de darme dos ó tres Diccionarios?

—Pero, ¿de qué lengua?—preguntó el empleado.

—De cualquiera. Si es para sentarme en ellos.

Un padre reprende á su hijo por una falta que ha cometido estando en visita.

—¿Me has visto á mí—le dice—hacer una cosa semejante cuando tenía tu edad?

En una barbería de pueblo:

—¿Quiere usted que le deje patillas?

—Me contento con que me deje usted la cabeza.

En una playa cantábrica se han establecido unos baños que tienen una muestra que dice así:

«Baños á real para señoras de fondo de madera».

Algunas personas hablaron con el dueño y le manifestaron que allí decía un disparate.

El marinero reflexionó maduramente, y modificó la redacción, poniendo:

«Baños de madera para señoras de á real».

—¿No sabe, hermano, que nuestra regla prohíbe ir á caballo?—decía un guardián franciscano á un pobre lego que se apeaba de su mula en la puerta del convento.

—Lo sé, padre; pero yo no voy, que vengo.

Mi vecina no adivina cómo el carbonero medra, cuando sabe mi vecina que, en vez de carbón de encina, nos vende *carbón de piedra*.



—Qué, Juanillo, ¿te gusta la forma?

—¿Cuál?

—La forma de pago, hombre.



—Los que comen en casa de Lhardy se regalarán con mejores platos, pero les desafío á que no beben tanto como yo.



—Niña, me han dicho que eres muy aplicada.

—Sí, señora.

—¿Sabes los géneros de la Gramática?

—Ya lo creo.

—Vamos á ver. Dios es masculino, ¿verdad?

—Sí.

—Y el femenino de Dios, ¿cuál es?

—La virgen.



Un joven pretende entrar en una banda de malhechores.

—¿Ha servido usted en otro sitio?—le pregunta el capitán de los bandidos.

—Sí, señor; tres años en casa de un prestamista.

—Perfectamente. Todo ese tiempo le habrá servido á usted de aprendizaje.

La esposa dice á su marido, que es médico:

—¿No te parece que volvamos á Madrid?

—¿Por qué, hija mía?

—Porque, si tardamos más, vas á encontrar buena y sana á toda tu clientela.

Saló un individuo tan incomodado de su casa que, ciego por la cólera, cayó de hocicos en un lodazal. Acudió alguna gente á sacarle de aquel estado.

—Déjenme ustedes—dijo el pobre hombre;— por muy mal que esté aquí, estoy mucho mejor que en mi casa.

una adivinadora, á la que interroga acerca de la suerte que le está reservada.

Y la adivinadora le contesta:

—Será usted víctima de la miseria hasta los treinta y cinco años.

—¿Y después?

—Después estará usted acostumbrado á ella.

—¡Se vende este pajarillo!— un pajarero exclamaba, cuando por allí pasaba cierto andaluz algo pillo.

—¿Y canta ese bicho feo?—

le preguntó al vendedor.

—¿Que si canta? Si, señor.

—¡A ver, que cante el jaleo!

versa sobre la caridad y el deber de auxiliar al prójimo.

A la salida de la iglesia le preguntan qué efecto le ha causado la plática:

—Excelente—contesta el avaro;— ha sido tal la elocuencia del orador, que ahora mismo me dan ganas de ponerme á pedir limosna.

Un caballero reprende á un chiqueto que está fumando un pitillo, y le dice:

—Pero, muchacho, ¿por qué tantas cigarrillos á tu edad?

—Porque los puros son demasiado caros.



—Esta casa tiene unas vistas magníficas, sobre todo por la parte de la estación.

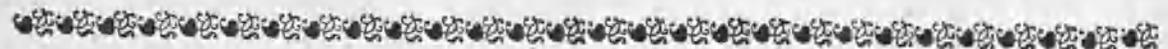
—¿Y qué se ve desde allí?

—La cara que ponen los viajeros cuando se les escapa el tren.



—¿Cómo se llaman en Africa los cementerios?

—Lo ignoro; pero como entierran á los negros, yo creo que se llamarán negrópolis.



A cierto ricachón residente en una capital de provincia le decía un amigo:

—¿Por qué no te vas á vivir á Madrid?

—Porque la vida es allí muy cara. Sólo lo haría si tuviera la fortuna de tener la desgracia de perder á mi mujer.

—Yo practico la caridad mejor que otro alguno—decía un mal médico.—Cuando me llaman de noche para visitar á un enfermo no acudo, para evitarle el susto de que se crea grave.

A lo que replicó un amigo suyo: —No asistas tampoco de día, y así serás caritativo por completo.

Un caballero, yendo al estribo del coche de unas damas, ponderaba á una su amor con el entusiasmo de los veinte años.

Llegaron á pasar por junto á un largo estanque.

—Si quiere usted que conozcamos si es verdadero su amor, arrójese usted en aquel estanque—dijo una de las señoras.

—¡Oh, divina beldad! ¿No considera usted que es muy poca agua para tanto fuego?

—Mamá, ¿vamos hoy á los funerales de la marquesa de Z...?

—¡No, señora! Ayer á la Opera, hoy á los funerales... ¡no piensas más que en diversiones!

Un escritor nada escrupuloso trabaja á sueldo de un editor que le paga el original á un precio irrisorio.

—¿Y ahora qué haces?

—Traduzco una novela de Dickens.

—Y cuando la hayas terminado, ¿qué harás?

—Me pondré á aprender el inglés.

—Me han dicho que Williams no ha perdido nunca la cabeza en una partida de foot-ball.

—Es la verdad. Ha perdido una oreja, una parte de la nariz y algunos dientes; pero no he oído decir que haya perdido la cabeza.

Si los hombres se calaran  
como se cala el melón,  
más de cuatro muchachitas  
no vivieran con dolor.

De puerta en puerta un pobre  
hace más cuartos,  
que quedándose en una  
siempre parado.

Por esa cuenta  
ando yo en mis amores  
de puerta en puerta.

La vida es triste, muy triste,  
desde el Oriente al Ocaso,  
y para llorar sus penas  
será siempre el llanto escaso.

Esa estrella que contemplas  
me está robando la paz;  
no la mires tanto, hermosa,  
que no te la puedo dar.

Escúchame si es que quieres  
escucharme, bien querido;  
porque a un grillo se le escucha,  
y yo valgo más que un grillo.

Siempre digo bien de ti,  
y tú siempre de mi mal.  
¡Oh, qué suerte tan fatal!  
Nadie cree a ti ni a mí.

Así los hombres nos vemos  
en cuestiones del querer.  
¡Hoy las migajas cogemos  
que despreciamos ayer!



—¿Con que Julián se ha quedado ciego?  
—Sí.  
—¡Qué lástima!  
—Creo que su mujer es feísima.  
—Menos mal, porque con eso sufrirá más resignadamente su desgracia.

—Oye, niño—decía indignado un padre a su hijo.—¿Sabes por qué voy a darte una paliza?

—Sí, papá; porque es usted más grande que yo.

—¿Cuándo me va usted a pagar aquella cuentecita? Mire usted que voy haciendo no sé yo cuántas visitas y no consigo ver el dinero.

—Es que es usted el más simpático de mis acreedores, y si le pago, no tendré el gusto de volverle a ver.

Entre dos señores que acaban de ser presentados uno a otro en un baile:

—¿Quién es aquella señora tan voluminosa que ocupa todo el sofá? ¡Qué atrocidad! Es un verdadero monumento...

—Expiatorio, caballero, expiatorio... ¡Es mi suegra!

Un caballero que viajaba, al atravesar un pueblo quiso saber la hora que era para calcular si tenía tiempo de almorzar. Se acercó a un labrador.

—Dígame usted, buen hombre, ¿hay reloj en este pueblo?

—No, señor; no tenemos reloj, pero tenemos otra cosa mejor.

—¿Qué es?—preguntó el viajero creyendo que se trataba de algún cronómetro.

—Un órgano muy bueno.



—Cachaneja, que está sufriendo la pena de cadena perpetua, ha sido condenado en otra causa que se sigue contra él a la pena capital.

—¿Y crees tú que lo matarán?

—No, hombre. Antes tiene que cumplir la de cadena perpetua.

Varios notables estadistas han asegurado últimamente que Berlín, la capital de Alemania, que actualmente ocupa el segundo ó tercer lugar entre las poblaciones más importantes del mundo, llegará a ser, antes de cinco años, la más grande y poblada de todas. Berlín, en efecto, aumenta aceleradamente su población, que en la actualidad es de 14.000.000, en una proporción de 20.000 habitantes al año.



— Mi hijo es listísimo; el otro día le mandé por dos pasteles y le autoricé para comerse uno. Pues bien, á que no sabe usted lo que hizo.

— No adivino...

— Pues volvió con la boca llena y me entregó la mitad del dinero, diciendo: «No quedaba en la pastelería más que uno, y siguiendo tu mandato, me lo he comido».



— ¿Le gusta á usted la ópera?

— Me duermo en ella.

— Hombre, yo había oído decir que era usted apasionado por las producciones italianas.

— ¡Oh, sí! Me gustan con locura los macarrones.



— El día que te vuelva á ver robando, vas en seguida á la Comisaría.

— Descuide usted, que ya procuraré hacerlo sin que usted lo v. a.

La Compañía de Midland Railway, de Londres, ha acordado hacer vagones especiales para los recién casados. ¡Hombre, esto sí que está bien!

Lo que no me explico es el por qué los hacen de dos plazas; yo creo que con una plaza tenían bastante, por muy gorditos que fueran ambos cónyuges.

Esta es una innovación muy digna de tener en cuenta por las empresas ferroviarias.

¿No hay perreras para los perros? Sí. ¡Y por qué? Pues para que no molesten á los viajeros. Por idéntica razón deben existir vagones para viajes de novios, porque una pareja amorosa reciente molesta más que una pareja de perros. Los chuchos ladran, y los otros no ladran precisamente.

Es muy cargante tener de compañeros de viaje á dos jóvenes que acaban de salir de la iglesia y van durante todo el camino pisándose al menor descuido y pellizcándose á hurtadillas.

Para ellos es esta una ventaja inmensa, porque no tiene maldita la gracia verse libres de las miradas de la mamá política y encontrarse con las de otras personas, más ó menos políticas.

¡Qué suerte tienen los que se casan en Inglaterra! ¡Recientitos y libres! Esto es el colmo de la felicidad.

Pensando en el por qué de las dos plazas, me parece que he llegado á dar en el «quid» de su utilidad. Serán para la vuelta de la luna de miel. Cuando ya empiecen á cansarse de su nuevo estado puede ir cada uno en una plaza tan ricamente, sin molestarse el uno del otro.

Inglaterra es el país de los grandes inventos, y éste irá á la cabeza de todos.

Los que deben procurar que se haga alguna innovación son los revisores de billetes, porque aunque sean vagones especiales tendrán que revisar lo mismo que antes, y estas revistas son muy expuestas á vistas nada agradables.

Cónyuges; dad las gracias por esta nueva forma de viajar cómodamente. Desde hoy en adelante dejadéis de ir en berlina.

En un pueblo de Andalucía, en una cura que tenía que hacer un viaje, decía la misa muy temprano. Un hombre, que sin duda deseaba oírlo, se acercó á la puerta de la iglesia donde estaba el criado del sacerdote.

—¿En qué va tu amo?—preguntó al criado.

—En mula de alquiler.

—Hombre, quiero decir en la misa.

—¿En la misa? Va á pie.

Llevaban á ahorcar á un asesino, y un palurdo, que miraba los preparativos con ojos estúpidos, preguntó á un caballero:

—Diga usted, ¿qué van á hacer á ese hombre?

—¡Ahorcarlo!

—¡Toma! ¡Pus cá hecho!

—Yo le diré á usted: ha cometido un delito espantoso, un crimen horrible, ¡qué! si es una cosa increíble. Figúrese usted que en el mes de diciembre, cuando cayó aquella gran nevada....

—¡Ya!....

—Pues bien, entonces, ¿qué hace el tunante? Llena de nieve una porción de salones que tenía, la coge después poco á poco, la lleva al horno, la seca perfectamente á fuego lento, la reduce á polvo finísimo, y la ha vendido por azúcar.

—¡Ah, maldito falsificador! ¿Conque ha cometido un delito tan grande, y sin embargo, no hacen más que ahorcarlo?

—¡Ah! verá usted la justicia!

Una pobre mujer fué á quejarse al alcalde de su lugar del mal trato y tundas que le daba su marido. Llamóle el alcalde para reprenderle, pero el marido se disculpó diciendo que su mujer era una embustera, pues lo más que hacía cuando reñían era darle algunos golpes con el pañuelo de las narices.

—Pero es de advertir, señor alcalde—interrumpió la mujer,—que mi marido se suena con los dedos.

Conversación.

—Puesto que le gusta á usted tanto el campo, ¿por qué no vive usted en él?

—¡Por qué? Pues, porque si viviese en el campo no tendría el gusto de ir al campo.



*Ella.*—¿Qué te sucede, que vas de luto?

*El.*—Mi mujer, que se me ha muerto.

*Ella (distráida).*—¿Y no tenías más que esa?



—Mira, Cirila, yo soy muy dizno; desde que nuestros alien-tos se han confundido, apenas me has echao de comer.



Un usurero preséntase en casa de un deudor que se halla muy enfermo.

—Vengo á cobrar mi préstamo.

—Hombre, por Dios; déjeme usted morir en paz.

—No, señor; usted no se muere hasta que me haya pagado.

# SUCEDIDOS Y ANÉCDOTAS

Los músicos de Luis XIV ejecutaban en su capilla el *Miserere*, de Lulli, que escuchaba el rey de rodillas.

Cuando se concluyó preguntó al conde de Grammont, que le tenía á su lado:

—¿Qué te ha parecido la música?

—Señor, muy dulce para el oído; muy amarga para las rodillas.

Semiramis, reina de los asirios, mandó grabar sobre su sepulcro las siguientes palabras:

«Cualquiera que necesitaré dinero, abra este sepulcro y tome cuanto quisieren».

Engañado Darío por semejante inscripción, mandó abrir el sepulcro y halló estas otras palabras grabadas sobre una piedra:

«Si tu corazón estuviese atormentado por una avaricia insaciable, no vendrías á los sepulcros á interrumpir el reposo de los muertos».

Una de las más bellas estatuas del caballero Bernin es la de la Verdad.

La reina Cristina de Suecia estaba prendada de aquella escultura. Contemplóla cierto día con gran atención, y elogiándola como merecía, dijo al cardenal:

—Vuestra Majestad es la primera, entre las testas coronadas, á quien la Verdad ha tenido la suerte de agradar.

—Pero, señor cardenal—repuso la reina,—no todas las verdades son de mármol.

Federico de Prusia se hallaba en cierta ocasión asomado á un balcón de su palacio; pero no tan distraído que no advirtiese que un pajecillo tomaba un polvo de una caja de tabaco que había sobre la mesa.

—¿Te gusta esa caja?—le preguntó el rey volviéndose.

El paje, sorprendido y asustado, nada contestó.

—¿Te gusta esa caja?—repitió Federico con voz imperiosa.

—Es muy linda, señor—contestó el paje temblando.

—Pues quédate con ella, porque para los dos es muy pequeña.

El rey don Fernando el Católico llegó una noche á la fortaleza de Montilla, que su señor, don Alonso de Aguilar, acababa de construir con toda magnificencia.

—¿Por qué hiciste tan angosta la escalera?—le dijo el rey.

—Porque nunca, señor, pensé recibir tan ancho huésped.

Pocos días antes de morir Collardeu, fué á visitarle Barthe, con el fin de leerle su comedia *El Egoísta*. Acabada la lectura, quiso Barthe saber la opinión que el otro habla formado de su obra.

—Creo—dijo Collardeu,—que habéis olvidado un rasgo característico del *egoísta*.

—¿Cuál?

—El obligar á un hombre que se está muriendo á que escuche una comedia tan mala como ésta.

Don Enrique IV de Castilla vestía siempre de paño ordinario. Un día le dijo un cortesano:

—Señor, no parece bien que un rey tan poderoso como V. M. vista de paño basto como la gente del pueblo; la corte vería con gusto que V. M. gastaba ricas galas y tenía lujosos trenes en sus caballerizas, como los monarcas extranjeros.

—Te equivocas—contestó don Enrique;—un rey no debe llevar ventaja á sus vasallos en el traje, sino en las virtudes. El dinero le da Dios á cualquiera; la virtud sólo á los buenos.

Al pasar el rey de Holanda por un pueblo, le hicieron pagar treinta duros por un par de huevos. Se lo dijeron al rey, que quiso él mismo saber la causa de tal exceso, y mandó llamar al posadero.

—Dime, ¿tan escasos están los huevos en este país?—preguntó el monarca.

—No, señor; lo que aquí escasea mucho son los reyes.

Una dama, que fué el encanto de los amigos políticos del conde de San Luis, cuando éste estaba en su apogeo, se vestía no hace muchas noches para ir á un baile.

A fin de reparar daños verdaderamente irreparables, rodeó su cuello con un hermoso collar de perlas de cinco vueltas.

Dos amigas de la dama asistían á la *toilette*.

—Esto oculta alguno que otro estrago del tiempo—dijo la hermosa de antaño con tono zalamero, y como en demanda de galantes protestas.

Las amigas callaron:

Una de ellas, *sotto voce*:

—Al contrario. Eso hace el efecto de los faroles que ponen en los derribos.

Vino al encuentro del rey don Alonso un caballero llamado Luis Puche, cubierto de luto, y con el aire de hombre muy triste; el rey le preguntó:

—¿Por qué vienes tan triste y tan cubierto de luto?

—Señor, ha muerto mi cuñada.

—Antes me parece que debías estar alegre por su muerte; porque muriendo tu cuñada, resucita tu hermano, y se levanta de los muertos.

Consultaron á Sócrates unos jóvenes sobre si deberían casarse.

—Cuando el pescado está fuera de la red—dijo,—quiere volver á ella, y cuando está dentro quisiera salir.

## NOVEDAD ZOOLOGICA



Entre el médico y la mujer de un usurero:  
—¿Está muy grave mi marido?  
—No, señora; confío en poderle salvar.  
—Pues yo creo, señor doctor, que está gravísimo.  
—¿Por qué?  
—Porque ayer prestó cinco duros á un amigo y no le exigió recibo.



(1)



(2)



—Teresa, ¿te gustaríu casarte este año?  
—Sí; pero más me gustaría llevar un año de casada.



—Soy un valiente. El otro día entré solo en la jaula del león del Retiro.  
—Demonio, ¿y no te pasó nada?  
—Nada; se hallaba vacía.





*En el restaurant:*  
—Mozo; acabo de encontrar-me en la sopa este pedazo de percalina.

—Me parece que en un almuerzo de seis reales no querrá usted encontrarse un pedazo de seda ó terciopelo.

Un extranjero vino á España con objeto de visitar sus edificios más notables. Un día, en la catedral de Burgos, y entre los innumerables objetos curiosos que le mostró el *cicerone*, vió una calavera de grandes dimensiones.

—¿De quién es esta calavera?—preguntó el francés admirado.

—De San Agustín—replicó el *cicerone*.

—¿Y esa otra?—repuso el francés viendo una calavera más diminuta.

El *cicerone*, que ignoraba á quién podía pertenecer, contestó con la mayor sangre fría:

—Del mismo santo cuando era pequeño.

—¿Qué te ha parecido el teatro?—decía un caballero á su criado Domingo, á quien había regalado una entrada.

—Señor, es casi tan majo como el monumento de mi pueblo.

Anunciaron en presencia de un cura párroco que el deán de N. había muerto.

—No lo crean ustedes—dijo;—si hubiese muerto me lo habrían escrito, porque todo me lo escribe.... todo.

—Estaban predicando en una iglesia. Entra un soldado, coge una silla y se sienta.

Poco antes de concluir el sermón se le acerca la alquiladora de sillas y le pide diez céntimos.

—¡Diez céntimos!—exclamó el soldado, que ignoraba la costumbre de pagar las sillas;—¡si yo tuviese diez céntimos... no me vería usted aquí!

Los parientes de un enfermo, impacientes por verle pronto restablecido, rogaban al médico que la receta algo más.

Viendo el doctor que era inútil, dijo:

—Que le pongan en la cama un par de colchones más.

Dijéronle á un andaluz desgraciado que se trataba de crear una moneda que representaba al rey á caballo.

—Pues, señor—exclamó con mucha gracia—*¡calaverum!* porque si tanto trabajo me cuesta alcanzar á S. M. á pie, ¡cuánto más no me costará yendo á caballo!

Un pobre médico de pueblo que vino á Madrid atraído por las fiestas de Carnaval, estaba un día en las inmediaciones de la Plaza de toros viendo pasar uno y otro entierro que se dirigían al cementerio del Este.

—¡Caramba!—exclamaba.—Qué suerte tienen estos médicos de Madrid! ¡Cuidado que trabajan!

Llovía á mares, y un borracho atravesaba la Puerta del Sol. El sereno le dijo:

—Compadre, usted anda más hacia atrás que hacia adelante. Si continúa á ese paso, dudo que llegue nunca á su casa.

—Es verdad que ando hacia atrás—respondió el borracho;—pero yo sé por qué.

—Y yo también; por haber bebido mucho.

—¡Qué! No es eso.

—¿Pues qué es?

—Que he comido muchos carapíjos.

Ingenuidad:  
—Mamá, queremos jugar á las máscaras con Juanito. Préstanos las decoraciones de papá.

—¿El bastón es masculino ó femenino?

—Masculino.  
—¿Y el paraguas?  
—Femenino.  
—¿Femenino?  
—Sí, señora; el paraguas es el bastón con faldas.

En la escuela.  
El hijo de Gedeón escribe al dictado.

—¡Cómo!—le dice el profesor.—Honra no se escribe con dos erres. Borre usted una.  
Gedeoncito, perplejo:  
—¿Cuál de las dos?

*Cálculo de un naturalista.*—Un célebre naturalista defiende que si moviésemos las piernas al andar con igual velocidad que las hormigas mueven las patas, andaríamos unos 1.500 kilómetros por hora.

Un oficial que á todos incomodaba contando sus acciones de guerra, echó á correr cobardemente en una batalla, y preguntándole en jefe dónde tenía el valor, dijo:

—¡Yo, mi general, en las piernas!



—Pero, mujer, ¿qué haces en esa postura?

—Estoy viendo á ver si se asusta el novio de nuestra hija, que no hace más que rondar la casa.

venta contratada con un marchante  
—Compare—decía,—tal es el en-  
tendimiento de este animalito, que  
hasta lee é corrio.

—No puede ser—contestó el mar-  
chante.

—Pues jaga usted la prueba.

El buen hombre tomó un libro y  
lo puso ante los ojos del boricua, al  
cual, inclinándose hacia él sus her-  
mosas orejas, se quedó observán-  
dole hasta desengañar su asombro,  
volviendo la cabeza á otro lado.

—¿Ve usted qué presto lo ha leído?—  
dijo el gitano.

—¿Ya lo creo! Si no lee—replicó  
el marchante.

—¿Cómo que no! Lo que tiene es  
que no pronuncia.

*La raza felina.*—Está probado  
que los animales de la raza indicada  
tienen el aliento venenoso, que obra  
como anestésico sobre la presa que  
cae entre sus garras. Esto explica  
que los ratones permanecen insen-  
sibles cuando caen bajo el dominio  
del gato.

Van, niña, por todas partes,  
dos corazones unidos:  
el mío, que siempre es tuyo,  
y el tuyo, que siempre es mío.



—Pero, muchacha, ¿qué has  
hecho con este puchero, que es  
cerca de la una y aún no ha em-  
pezado á hervir?

—Nada, señora: es que cuan-  
do va á empezar á cocer le voy  
echando agua poco á poco.



*La llegada del quinto:*

—¿Cuánta razón tenían los chicos del pueblo al decir que  
desde que servías en la corte, íbas muy echá p' delante.

Gedeoncito, digno hijo de su pa-  
dre, ha caído soldado.

—¿Tiene usted alguna enferme-  
dad que alegar?—le preguntan.

—Sí, señor comandante; soy  
míope.

—Pruébemelo usted.

—No tengo inconveniente. ¿Ve  
usted ese clavo que está allá bajo en  
la pared? Pues bien, yo no lo veo.

Dos especuladores tienen una aca-  
lorada disputa.

Se injurian de un modo atroz,  
hasta que uno de ellos exclama:

—¿Es usted un aventurero que ha  
quebrado tres veces!

—¿Y eso qué prueba? Que inspiro  
confianza á mis clientes.

Don Ramón, que tiene un miedo  
terrible á la muerte, cae gravemen-  
te enfermo:

—Lo que me preocupa—dice al  
doctor—es que voy á entrar este  
mes en los setenta y siete años.

—¿Bah! no se preocupe usted por  
eso: lo que va usted á hacer es salir  
de ellos.

Siendo tus ojos de tuego,  
siendo rayos tus miradas  
¡cómo con ellos no fundes  
el cielo que hay en tu alma!

Es una necrología publicada en  
un periódico inglés:

«Con la muerte de este hombre la  
sociedad ha perdido uno de sus be-  
llos ornamentos; la Iglesia uno de  
sus fieles; su esposa un marido mo-  
delo, y nosotros un suscriptor que  
siempre pagaba con puntualidad los  
recibos.»

Un caballero muy marcado, que  
trata de comer, dice al camarero  
que le sirve:

—Esta chuleta está pasada.

El camarero:

—¿Y eso qué importa? ¿Para el  
tiempo que ha de tenerla usted en  
el estómago!

Un automovilista ve precipitarse  
su vehículo contra una anciana.  
Manejando el freno con habilidad,  
detiene el automóvil á algunos cen-  
tímetros, lo preciso para evitar una  
catástrofe.

Los circunstantes le felicitan, y él  
contesta:

—Con esa hubieran sido trece las  
muertes de este mes, y eso me traer-  
ría una desgracia.

No le des la mano, Inés,  
á ningún sujeto humano,  
porque si le das la mano,  
tú tendrás una y él tres.

política cayó enfermo en una de sus posesiones de provincias. Su ayuda de cámara le propuso enviar á la ciudad á buscar un médico:

—De ninguna manera—contestó el enfermo;— prefiero que venga el cirujano de la aldea inmediata, y quizás al saber de quién se trata, no tenga el atrevimiento de matarme.

En un corro de trabajadores leía uno en voz alta los nombres de las poblaciones en donde habían caído los premios mayores de la lotería.

—Madrid, ídem, ídem, ídem. Barcelona. Granada, ídem, ídem. Sevilla, ídem.

En esta forma siguió leyendo, y concluida la lista, dijo uno de los compañeros:

—¡Carape! ¡El diáeral que tendrá ya ese señor ídem! No hay jugada en la que no saque ocho ó diez premios.

En un tribunal.

Preséntase á declarar una jamaña, y el presidente le pregunta:

—¿Su edad de usted, señora?

—Veinticuatro años.

—Le pregunto á usted por su edad actual.

Por teléfono:

—¿Con quién hablo?

—Con la doncella de la señorita.

—Pues haga el favor de retirarse

—¿Por qué?

—Porque la huele el aliento.



—Fulano ha intentado infinitas veces suicidarse por medio de la asfixia; pero nunca lo ha conseguido.

—¿Han llegado á tiempo para salvarle?

—No; es que como es tan distraído siempre se deja los balcones abiertos.

Juanita se ha comido un pastel y se dispone á comerse otro que queda en la bandeja, cuando le dice Luisito:

—Ya sabes que uno es para mí...

Juanita exclama:

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Ya no tiene remedio! ¡Me he comido el tuyo!

En un boticaño entra dando traspies en una farmacia.

—¿Qué desea usted?—le pregunta el practicante.

—Una botella de vino...

—¿Cree usted que esto es una taberna?

—Vino de peptona, hombre... Como no deja usted hablar...

Gedeón está invitado á comer, y á los postres dice á la hija del anfitrión:

—Su padre de usted me ha tratado á cuerpo de rey. El vino que me ha dado lo tiene en su bodega desde el día que usted nació.

—¿Y qué le ha parecido á usted?

—¡Excelente! Al primer sorbo se notaba ya que era muy viejo.

—¿Ve usted esta carne?—dice un quidam á otro.

—Sí, señor.

—Pues está pasada...

—¡Imposible!... ¡Si chorrea sangre!...

—¡Déjeme usted acabá!... Está pasada... por el fielato, sin pagar derechos de consumos.

Un caballero entra á ver un cuarto bajo que está desalquilado.

—Doce mil reales—le dice el portero.

—¡Doce mil reales un cuarto bajo y tan pequeño!

—Advierta el señorito que en la hay ascensor.

Asegúrame Narciso,  
Hombre prudente, callado,  
Y que ha poco se ha casado,  
Que es su casa un paraíso.

Y claro está que no miente,  
Pues hacen, con grato afán:  
La esposa de Eva, él, de Adán,  
Y la suegra, de serpiente.

—¿Qué tal? ¿Aprendes mucha religión y moral en el colegio, Antonio?

—Sí, señor.

—Pues vamos á ver: cuando tu papá se muera, ¿á dónde irá á parar?

—¡Toma! ¡A una cacharrería!

—¿Qué dices?

—La verdad! Mamá afirma todos los días que papá tiene el alma de cántaro...



—Por usted sería capaz de arrojarme al Manzanares.

—Vaya una cosa. No tiene apenas agua.

—Es que si tuviera mucha no sería capaz de arrojarme.

## CAPÍTULO X

QUE VIENE Á SER UNA CONTINUACIÓN DE MIS CONFESIONES

**M**IENTRAS hacían volver en sí á nuestra sensible vecina se acercó al tribunal una mujer con las ropas en desorden y el rostro descompuesto, pidiendo justicia á voces y exigiendo, como castigo para nosotros, la decapitación, seguida por lo menos del descuartizamiento.

El juez la llamó severamente al orden, y luego la preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Monina—respondió la interpelada.

—Ese no me parece nombre de persona; más bien parece de gata ó de perra.

—Perdón, señor juez. Creí que me preguntaba usted por ella, por mi desgraciada gata. No sé cómo tengo la cabeza. Me llamo Ruperta Pérez.

—¿Profesión?

—Se la querían comer.

—Haga usted el favor de atender á mis preguntas y contestar categóricamente á ellas—gritó el juez muy amoscado.

—Estoy loca. He perdido la cabeza por culpa de esos criminales.

—Explique al tribunal el motivo de su demanda.

—La otra noche soñé varias veces con gatos que, como usá sabrá, significa traición. Me desperté con el corazón oprimido, pensando en que iba á tener un disgusto serio, y así fué. ¡Y luego dirán que no hay que hacer caso de los sueños! Salgo á la calle y me encuentro á una amiga mía que me dice:

—¿Que la sucede, doña Ruperta? Tiene usted mala cara. Estoy triste, la contestó; toda la noche he estado soñando con gatos. —Malo, malo, doña Ruperta. Alguien la va á traicionar. —No me lo diga usted. Estoy preocupadísima; más que no caigo en quién pueda traicionarme viviendo sola y aislada como vivo; cómo no le suceda algún daño á mi mamá.

No me engañaba el corazón. Cuando vuelvo á casa, me tita no sale á recibirme.

Malo—digo yo—. ¿Si me la habrán quitado? Busco, inda pregunto, hasta que me da la ocurrencia de mirar por el de la cerradura del cuarto de esos caribes y me veo á mí y una colgada de un clavo y degollada. ¡Se la iban á comer e antropófagos! Ya tenía yo sospechas de que odiaban á mi soro y que la habían sentenciado á morir. ¡Pobrecita mía, cariñosa, tan espiritual, tan gentil, tan hermosa! ¡No hay en mundo gata que pueda compararse con ella!

—¿Tiene usted testigos?

—Si, señor; aquí están otras personas que han sufrido ig pérdida que yo.

En efecto; no bajarían de veinte las mujeres sensibles la vecindad que, puestas sobre aviso por doña Ruperta, se sentaron reclamando á coro una indemnización por sus males desaparecidos.

Nosotros aguantamos el chaparrón de reclamaciones toicamente, y cuando me llegó la hora de declarar, dije:

—No haga usía caso de esas conadres. Ni yo ni mi mamá somos culpables del robo de los gatos. Lo que sospecho es quien los coge es el marido de esa que tanto vocifera, y tiene un bodegón en la misma casa donde nosotros vivimos. Y digo esto, porque no es posible que pueda vender la rac

conejo en salsa tan barata como la vendó. Por lo que hace mínimo de doña Ruperta, sí, es cierto que le hemos matado sotros, pero ha sido para satisfacer una venganza particular. Entre otros motivos de aborrecimiento que daba esa bestia, el principal era el no dejarnos dormir con sus continuas mandilidos.

Por fin salimos del paso con una pequeña multa y un sin de maldiciones de nuestras vecinas, las cuales nos cobraron cojeriza que, para evitar mayores males, tuvimos que mudarnos de barrio, pero antes habé de tomar venganza de la portera por ser la que más mal hablaba de nosotros.

Una mañana muy fresca del mes de febrero me la hallé en portal fregando el suelo, y encarándome con ella, la dije:

—Parece, señora portera, se ocupa usted de mí más de lo e fuera de desear. Lo cual es lastimoso teniendo tantos queceres como usted tiene. Es lastimoso, repito, que por ocuse de mí no le quede tiempo para barrer y quitar el polvo la escalera más que cada semestre.

—¡Vaya usted á paseo, so sinvergüenza!—me respondió con no airado—. ¡No tengo nada que ver con usted!

—¿Con que sinvergüenza, eh?—la repuse socarronamente—escupido usted al cielo, y me parece que le va á caer en la a, y al decir esto levanté en alto el cubo con ambas manos escargué todo su contenido sobre la cabeza de la portera simosa.

Si se hubiera tratado de una persona sana quizá no hubieragado de la ducha más que un constipado, pero la portera muy enfermiza y cogió una medio pulmonía.

Esta acción tan descortés para con una «dama» impulsó á vecino compasivo y viejo á pedirme cuenta estrecha de mí o, afecándolo y diciendo que debía haber tenido presente

La doña Rita me cortó el hilo del discurso, lanzando un grito desgarrador seguido de estas frases:

—¡Ah! ¡Monstruos! ¡Lo que habéis dado á comer á mi pobre lorito ha sido perejil!

—¡Eso, jamás, señora nuestra!—repuse—. Si lo que le dimos fué perejil, sería por inadvertencia del verdulero, pues nosotros le pedimos perifollo. Yo no tengo la culpa de no distinguir de verduras.

—Eso no es razón—dijo el magistrado—. Nadie les había encargado de curar al animal.

—Cierto, ciertísimo, señor juez—objetó mi vecino—; pero nos daba tanta lástima ver padecer á un semejante... El ave era un semejante nuestro, según ha dicho la señora; pero no se merecía que nos preocupásemos por él, porque era un pájaro muy antipático.

No quiso oír más la vecina demandante para perder por completo los estribos, y sin mirar el lugar donde se hallaba, comenzó á llenarnos de improperios.

—¡Asesinos!—decía—. ¡Aún se atreven á calumniar á mi difunto lorito! ¡Tan inocente...! ¡Esto me va á costar la vida!

Y cayó presa de un ataque de nervios en brazos de mi mujer.



# ENTRETENIMIENTOS

## PROBLEMA

por *Rodriguez.*

Hallar una cantidad con los siguientes datos:

Que la primera y cuarta cifra ha de sumar 4; que la suma de la primera, tercera y una unidad, dé una cifra igual á la segunda; que la cuarta y dos unidades más, sea la suma igual á la tercera, y que la suma de todas las cifras (4) sea igual á 13.

## TRIANGULO DE PUNTOS

por *José A. Alvarez.*

```

* * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *
*

```

Sustituir las estrellas por letras de forma que, horizontal y verticalmente, se lea:

- 1.º Insecto.
- 2.º Objeto deslucido.
- 3.º Habitación.
- 4.º Hechicera.
- 5.º Adverbio.
- 6.º Vocal.

## PASATIEMPO JEROGLIFICO

por *Leonardo Ordoño.*

(semanario) i nota ba.

## CONVERSACION

Ayer me encontré á un *todo* y me ha dicho que Roma es un *todo*.

## CHARADAS

Mi *prima* y mi *tercia*,  
mi *tercia* y mi *prima*  
se parecen tanto  
que son una misma.

Letras son las dos,  
letras son precisas

que el mundo sin ellas  
mundo no sería:

*Primera y segunda*  
preludio es de risa,  
canción placentera,  
balle, algarabía,  
que allá entre gitanos  
verás en Sevilla.

*Mirado...* ¡Caramba!  
es cosa bendita,  
y no digo más  
por si me adivinas.

*Con prima y segunda*  
crucé mi *tercera*  
en una barquilla  
de mimbres pequeña.

Feliz era entonces;  
pero de improvviso  
vi á mi *amada todo*  
que á voces me dijo:  
¡infame, tirano,  
¡por qué eres infiel  
con la que amor santo  
le juraste ayer?

*Soluciones correspondientes á los pasatiempos insertos en el número anterior.*

Al problema:

$$26 - 25 = 1, \quad 1 \times 26 = 26.$$

A la charada en prosa: *Caballero.*

A la charada carta: *Peluquero.*

A la charada: *Acardenalado.*

Admitimos suscripciones por meses sueltos únicamente en Madrid, al precio de 0,75 al mes. Pero éstas no gozarán de los beneficios reservados á los demás abonados.

El semanario MONOS es, de cuantos se publican en España, el ilustrado por mayor número de caricaturistas.

Dibujan en él: ALMOGUERA, ARVERAS, AZER, BENIGNO, LAS, BONET, FAUSTO, KARIKATO, GRAU, MARQUEZ, MARCA, MENDEZ ALVAREZ, MICO, PLAZA, RAMIREZ, ROBERT, SALAZAR, SANCHO, TER, VILLAR, etc., etc.

TODOS LOS CHISTES QUE NO SEAN DE PAG J PUÉD. N VENIR SIN NECESIDAD DE ACOMPAÑAR CUPÓN.

EN LOS CUPONES DE LOS QUE SE DEBEN COBRAR PÓNGASE EL TÍTULO DEL CHISTE.

No se devuelve ningún original ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos. Reservados todos los derechos y prohibida la reproducción en absoluto.

IMPRESA: MENDIZÁBAL, 6

**NUYENS Y CIA**  
Burdeos

**VERDADERO**  
**PEPPERMINT CORDIAL**

Téngase cuidado con las falsificaciones. Exíjase el sello de la Unión de los Fabricantes para la repesón de los fraudes.

de S. Vincent de Paul  
ANISETA, CACAO, CURAÇAO, etc. etc.

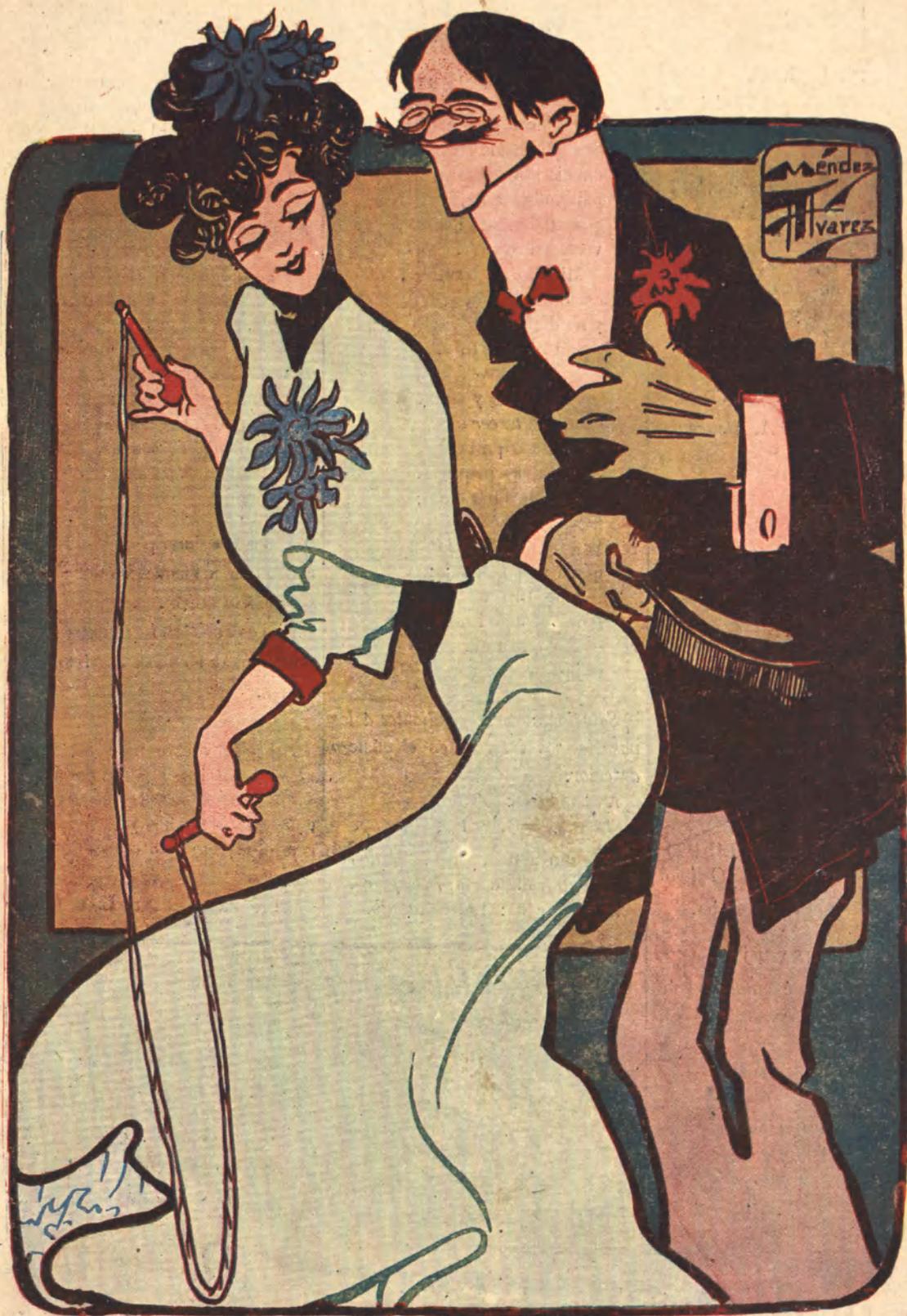
Depósitos en las principales CASAS de México.

**LICOR**

## A LAS MADRES:

**Denticina Infalible de E. CARABIAS, 60 años de éxito en Europa.**

Si queréis evitar á vuestros pequeños hijos todos los padecimientos y consecuencias de la dentición, usad la Denticina Infalible de E. CARABIAS, 60 años de éxito en Europa. Ningún niño se muere de la dentición usando esta preparación; favorece la salida de los dientes, quita la calentura, diarrea, convulsiones, epilepsia, erupciones, etc., etc., y el niño adquiere pronto color, robustez y alegría, entrando en posesión de una completa salud.



—Señorita; no sé por qué en cuanto la veo, mi corazón empieza á dar saltos.  
—Será, sin duda, porque me ve con la comba y querrá jugar.